

Título: **La policía y la nada**

Ponente: **Esteban Rodríguez Alzueta**

Pertenencia: UNQ

CV: Docente e investigador de la UNQ. Director del Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales sobre violencias urbanas de la UNQ (LESyC).

1.

Los jóvenes saben que una de las prácticas con las que se miden habitualmente, sobre todo cuando visten ropa deportiva y andan con gorrita, se mueven en grupo por determinados lugares no aptos a su presencia (el centro de la ciudad o barrios residenciales) o no recomendables para hacerlo algunos días o a determinadas horas del día, es la “parada policial”. Los jóvenes saben de memoria que están expuestos a los periódicos controles de identidad poblacional. Controles, a su vez, que se apoyan en la cultura de la delación vecinal, en el “olfato social” (Rodríguez Alzueta, 2016). Lo saben por experiencia propia y ajena. Experiencias que se transmiten de una cohorte a la otra a través de distintas anécdotas que se cuentan entre sí, a veces para demostrar las destrezas desarrolladas en su relación con la policía, otras veces para “despertar a los giles” y no “regalarse”. Habilidades que, dicho sea de paso, le servirán para ganar reputación frente a sus pares e ir acumulando el prestigio necesario que les posibilite ir ganando posiciones en los grupos que integra pero también para ir modelando una cultura de la dureza que le permita hacer frente a aquellas prácticas policiales y vecinales que experimentan con humillación, a veces con vergüenza y otras veces con bronca.

De esa manera, como analizamos con Nicolas Garibaldi Noya, los jóvenes van aprendiendo algunas tácticas para eludir o enfrentar los controles policiales, aprenden a “pararse de palabra” o “chamuyar a los policías” (Rodríguez Alzueta, 2016), a hacer frente al maltrato y destrato verbal y gestual de los policías, conocen los umbrales de tolerancia policial más allá de los cuales la violencia se vuelve física, y aprenden a distinguir las distintas maneras de relacionarse según se topen con un “gorrudo” (Policía

Bonaerense), un “pitufu” (miembro de la Policía Local) o una “aceituna verde” (Gendarmería Nacional Argentina). Porque los jóvenes saben que las fuerzas de seguridad no son siempre las mismas, que no es lo mismo que los pare un agente de la Local que lo haga un gendarme o un Bonaerense. Las chances para pararse de palabra no serán siempre la misma.

En esta ponencia nos proponemos explorar y abordar el primer umbral de esa relación violenta que se inaugura con la interpelación y se va tensando en un juego alternado y contradictorio, que tiene al lenguaje como escenario de una disputa donde lo que está en juego es el prestigio de ambos, del policía y el joven.

Esta ponencia se inscribe en el marco de una investigación que estamos desarrollando en la UNQ, “Violencia policial: prácticas policiales vulneradoras de derechos de jóvenes en el partido de Quilmes” que todavía está en curso. Una investigación donde estamos explorando el hostigamiento policial desde las perspectivas de los jóvenes.

2.

La violencia policial es una violencia que no hay que acotarla a la agresión física. También el destrato y el maltrato verbal y gestual es referenciado por los jóvenes como parte del mismo problema. Digo, la violencia policial es también una violencia moral, una violencia que no suele dejar marcas visibles en el cuerpo, pero pone los pelos de punta, se siente en el sistema nervioso, en el aparato digestivo, en el humor. Es una violencia que no sólo angustia a los jóvenes sino que “te saca el apetito”, “es como que te deja un hueco en el estómago”, “no te dan ganas de hacer más cosas”. “A veces no les das bola pero otras veces te tira abajo”. En esos casos diremos que la violencia policial afecta la integridad y la dignidad de las personas (Fassin, 2016).

Cuando hablamos de hostigamiento estamos haciendo referencia a esa violencia moral que se averigua en las detenciones sistemáticas por averiguación de identidad, pero también en todas las humillaciones que aquellas pueden implicar: la revisión en la vía pública, la requisita de sus pertenencias que luego son arrojadas al piso; su disposición contra la pared o tirados en el suelo; dejarlos descalzos, retorcerles los brazos cuando se los esposan y apretarles las muñecas con ellas. Pero hay más todavía, porque cada uno de estos actos casi siempre viene acompañado de maltrato y destrato verbal y gestual.

Verdugueo es la palabra nativa utilizada por los jóvenes para nombrar la dimensión moral de las microviolencias policiales.

Pensar la violencia policial más acá de la violencia física implica pensar sus prácticas cotidianas. Allí donde la violencia se administra en cómodas cuotas, donde la violencia se vuelve imperceptible para el resto de las personas salvo para sus destinatarios puesto que se trata de una violencia infinitesimal, recortada o meticulosa. A veces opera en las sombras (por ejemplo, arriba de un patrullero, en el pasillo de la comisaría) pero otras veces se lo hace a la vista de todo el mundo. Una violencia invisible, que no se encuentra referenciada como violencia, sea porque se encuentra naturalizada tanto en los jóvenes incluso en los policías, que desarrollan a su vez técnicas de justificación para neutralizar los protocolos y derivar y legitimar el uso de la violencia. Una violencia, incluso, que no es solamente negativa sino sobre todo positiva, productora de identidades devaluadas.

Eso no significa que los jóvenes se queden de brazos cruzados. Estamos ante formas de violencia que suelen fracasar en su intento de objetivar a los jóvenes, puesto que estos no sólo suelen responder cada una de las acciones policiales, sino que muchas veces intentarán hacer de ese momento de debilidad, una fortaleza, intentando transformar las respuestas en nuevas preguntas. En efecto, dueño de repertorios previos, conocedores de respuestas aprendidas, emprenderán un diálogo que les devolverá la voz. No hay autoridad sin resistencia a la autoridad. Una resistencia que a veces no conviene que sea percibida como resistencia y otras veces, en cambio, es preferible que así se haga ver y sentir. Un diálogo que puede llegar a incomodar a los policías que, a veces -y por eso mismo-, prefieran evitar los controles porque saben que puede costarles pasar un mal momento.

3.

La violencia policial, entonces, es una violencia relacional, desigual y reglada. Según Garriga Zucal para comprender las prácticas policiales violentas debemos entender que estas son el resultado de diferentes interacciones sociales: “La violencia es un acto intersubjetivo en el cual hay la intención de causarle daño (de cualquier tipo).” (Garriga Zucal, 2015, p. 99) El carácter relacional de la violencia supone tener en cuenta el

vínculo, un lazo entre el que la ejecuta y el que la sufre, la interacción que no es reducible al esquema víctima versus perpetrador. Una relación que involucra no sólo a la víctima y el victimario, sino a los testigos presenciales que, a veces, puede ser un punto de apoyo para apalabrar al policía y otras veces mandarse a guardar y permanecer calladitos. De esa manera, “la noción relacional de la violencia rompe con las ideas de pasividad de las víctimas, sin cargar responsabilidades sobre éstos, y estudia de qué manera se repiten roles en determinadas interacciones. El esquema víctima-victimario supone acción de un lado y total pasividad del otro. Así oculta la interacción dentro de estas relaciones sociales.” (Garriga Zucal, 2015, p. 99)

Estamos hablando de relaciones arquetípicas que poseen rasgos característicos, formas de acción recurrentes con reglas que aportan criterios para orientar las acciones de los actores involucrados. Prácticas que se ajustan a determinados moldes y formas más o menos estables, más o menos informales, que tienden a repetirse en el tiempo.

En segundo lugar, la violencia policial, tanto la violencia física como moral, se ejerce de forma desigual: por un lado hay individuos adultos armados, que no solo poseen el monopolio de la fuerza, sino también el monopolio de la palabra (son los que pueden hablar y hacen las preguntas, y pueden verduguear al otro en cuestión), y del otro, una persona, generalmente joven, desarmada que *–prima facie–* no puede hablar, que debe limitarse a agachar la cabeza, apiadar su mirada, resistir las humillaciones en silencio, y en todo caso limitarse a responder las preguntas que le formula el policía. A veces, incluso, la persona objeto de los golpes o las humillaciones son personas que se encuentran reducidas físicamente, sea porque está rodeado de policías, o se encuentra esposado, o tirado en el piso. Es decir, “la violencia es, pues, casi siempre estrictamente unilateral.” (Fassin, 2016, p. 171) Hablamos de relaciones sociales asimétricas (desequilibradas y desequilibrantes), es decir, de una violencia vertical, donde a través de la agresión física o verbal, el policía busca certificar y reproducir las posiciones asimétricas de esta relación social.

Ahora bien, esos momentos de verticalidad violenta no implica que no existan momentos de horizontalidad donde ruede la palabra, donde los jóvenes tomen la palabra y respondan las sucesivas interpelaciones, incluso, muchas veces, cuestionando la propia actuación policial. Justamente son estos los momentos importantes a tener en cuenta no sólo para desvictimizar a los jóvenes, sino para reponer el carácter relacional

de la violencia que nos permita comprender el “juego” en el que ambos actores están comprometidos. Enseguida volveremos sobre este punto.

Y en tercer lugar, la violencia policial es una violencia regulada, con distintos grados de rutinización. La violencia física tiene sus preámbulos, está precedida por una serie de diálogos tensos y desiguales, entre los policías y los jóvenes. Por eso decimos que no hay agresión física sin humillación. Como se dijo recién, el hostigamiento es una violencia administrada en pequeñas dosis, y hay que buscarla también en las miradas tajantes o altaneras, en las burlas y bromas, las provocaciones, los gritos, insultos, en los silencios misteriosos, en los comentarios despectivos e hirientes, en las acusaciones sin justificación. A veces, los jóvenes se quedan en silencio, pero otras veces los jóvenes tomarán riesgos y estas provocaciones no quedarán sin respuesta.

4.

Los diálogos entre los policías y los jóvenes no son espontáneos, están enmarcados según determinados ritos y siguen determinadas pautas más o menos informales, que posiciona y establece papeles a los actores. Esas pautas a seguir dependerán de la *situación* en que tenga lugar la interacción. Porque la violencia policial, como cualquier violencia, es una violencia situada. No será lo mismo que la interacción tenga lugar en el centro de la ciudad o un barrio residencial que sea en el propio barrio donde viven los jóvenes, de día o de noche, haya o no testigos, estén solos o en grupo, sean agentes de la Bonaerense, la Local o la Gendarmería, se conozcan o no entre sí. A los policías les aportan distintos *criterios* de actuación: criterios de selectividad o victimización (Jobard, 2011), de visibilidad (Jobard, 2011), intensidad (Montero, 2013) y dramaticidad. Tampoco los jóvenes son una página en blanco, están muñidos de repertorios de actuación previos que fueron aprendiendo grupalmente. Con ese caudal de información intentan “pilotear” la situación, hacer frente a la interpelación policial y sus interrogatorios. Pero la forma de encarar el diálogo dependerá de los mismos factores que mencionamos arriba.

Hay un juego de roles y todos parece que saben jugarlo. Un juego que se repite de generación en generación. Como en el Don Pirulero, cada cual atiende su juego y el que

no una prenda tendrá. No hay que pasarse de la raya, hay que saber hasta dónde se puede tensar y cuándo conviene mandarse a guardar.

Todo empieza cuando el policía pone la mirada sobre el joven que a veces decide evitar contacto visual con él, esconder su mirada detrás de la visera, y otras veces decide enfrentarlo con su mirada. Eso dependerá, antes que de su inocencia, de la “calle” que tenga el joven en cuestión, y de todos aquellos factores situacionales que mencionamos arriba.

Los diálogos no son pura improvisación, se repiten en el tiempo y en los distintos espacios. Por eso sostenemos que la violencia policial, en tanto interacción social, implica transitar por diferentes momentos, cada uno de los cuales está más o menos reglado y delimitado también. Es decir, la violencia policial es una violencia escalonada, con diferentes umbrales de agresión. El pasaje de un umbral a otro se hace a través de la agresión física, o se averigua en un maltrato verbal mayor. De modo que el diálogo tenso supone momentos de verticalidad y de horizontalidad, que se van intercalando. Cada nuevo umbral supone una instancia de verticalidad, que repone la autoridad, un estadio donde la palabra cede a la violencia, proscribire la palabra del otro. Pero cada momento de verticalismo está precedido por un momento horizontalidad, es decir, de negociación, donde rueda la palabra, donde los jóvenes pueden “pararse de palabra”. Pero que se entienda, el hecho de que el diálogo sea horizontal no implica que se trate de una instancia simétrica. Como dijimos arriba, la interacción sigue siendo desigual, pero no implica que no puedan resistirla. Tanto los segmentos de horizontalidad, como los de verticalidad, pueden ser más largos o más cortos, el tiempo puede variar de un evento a otro. La extensión de cada escalón dependerá de la tolerancia de los policías, del tedio policial, de la destreza de los jóvenes, de su capacidad de chamullar, de la química que exista en ese momento, etc.

Los jóvenes saben que a veces pueden pararse de palabra, y saben que otras veces conviene guardar silencio o limitarse a responder cada una de las preguntas del agente sin hacer demasiados rodeos; saben hasta dónde se puede llegar con la palabra. Ello dependerá de muchos factores que no vamos a analizar ahora acá porque nos interesa detenernos en una de las primeras frases que utilizan los jóvenes para responder a las primeras preguntas de la policía.

Dijimos que el diálogo se inaugura con la interpelación policial: “Alto ahí”, “no se muevan”, “contra la pared”, “documentos por favor”. Un llamamiento que busca dejarlos fijos en el lugar, inmovilizarlos. Hay que estabilizar su deriva para testear los riesgos que implica su presencia en ese lugar, para corroborar lo que ya decidieron saber de antemano. Un diálogo que se inaugura con una serie de preguntas: “¿Qué hacen por acá?” “¿Dónde viven?” “¿A dónde iban?” “¿Por qué no están en la escuela?” “¿Qué llevan en los bolsillos?” Los jóvenes tienen respuestas de memoria para estas preguntas, por eso las repuestas nunca son convincentes y tampoco tienen que serlo para la policía. Al policía no le interesa saber nada sobre aquellos jóvenes. Son preguntas retóricas que no tienen la vocación de averiguar nada sobre aquellos jóvenes. Vista la relación social desde la perspectiva policial no es una relación de saber-poder sino de poder a secas. Se los detiene para señalar una posición subordinada, para ganar respeto, certificar la autoridad, imponer un orden.

Pero hete aquí que el respeto no se adquiere automáticamente, muchas veces deben ganárselo también. Porque los jóvenes no siempre se quedan con la boca cerrada y agachan la mirada. Justamente, el desafío de los jóvenes consiste en invertir los términos, pasar al lugar de la pregunta, dejar de responder y poner a los policías en la situación de tener que dar explicaciones. Eso no siempre sucede, y las preguntas de los jóvenes se quedan sin respuesta y corren el riesgo de pasar al siguiente umbral que los jóvenes averiguan en el “toque” o “correctivo” que les propicia el policía, en las esposas que les pusieron. Porque los policías, casi siempre verán en estas preguntas un desafío, una falta de respeto a la autoridad y buscarán reponerla a través de la violencia.

(Garriga Zucal, 2012)

Pero todo eso sucederá mucho después de aquello que nos interesa destacar ahora. Inmediatamente después de pedirles los documentos de identidad a los jóvenes, apenas comienza la interrogación de rigor, los jóvenes se despachan con la frase “no estábamos haciendo nada”. A veces sueltan la frase antes de la interrogación policial, porque saben de memoria el diálogo que sigue. No es, entonces, otra frase suelta, dicha al azar. Es una frase ingenua si se quiere, que se apresura a demostrar su inocencia de antemano, una frase crédula. Pero es una frase que se repite porque es una respuesta aprendida. Saben que es la frase que habilita otras frases, el clisé que permitirá meter otras explicaciones, y de esa manera empezar a “ablandar al policía” (Rodríguez Alzueta, 2016), ganarse su compasión o misericordia; es la frase que transforma el monólogo imperativo en un

diálogo tenso, una disputa donde se pondrán en juego muchos sentidos. Un diálogo desigual, puesto que los jóvenes tienen en claro que están en desigualdad de condiciones. Pero a veces, cuando ya han pasado por esos rituales sucesivas veces, y conocen al agente que los interpela, pueden llevar incluso “las de ganar”. Las “de ganar” quiere decir que saben que pueden “apurar” al policía con alguna frase que los descoloca, “ablandarlos” y neutralizar la actuación policial.

5.

En efecto, una de las respuestas aprendidas, tal vez la más obvia de todas, que hemos encontrado entre los jóvenes que hemos entrevistado en nuestro trabajo de campo, ha sido la siguiente: “no estaba haciendo nada”. Los jóvenes saben que cargan con la sospecha de rigor, saben que son jóvenes etiquetados como sospechosos, que se adecuan a los estereotipos que los transforman en la clientela policial favorita. Por eso, una de las contestaciones urgentes que ensayan ante la interpelación policial es “no estábamos haciendo nada oficial”.

Esa, al menos, era la explicación que daban los jóvenes a los policías durante aquellas intervenciones policiales. Esa fue la respuesta que más escuchamos de los adolescentes en los talleres sobre violencia policial que hicimos durante el 2016 en distintos colegios secundarios del partido de Quilmes. Los jóvenes debían recordar y describir detalladamente el momento de la “parada policial”, tratando de repetir las palabras que utilizaban tanto ellos como los policías en el momento de la detención. Y casi todos repetían: “No estábamos haciendo nada”. La escuchamos una y otra vez. De una escuela a la otra, de un curso a otro, la respuesta era la misma. Cambiábamos de barrio, pero la respuesta era calcada: “No estábamos haciendo nada”. El estrato social de los jóvenes era diferente, pero la respuesta era la misma.

Se trata de una respuesta que nos hizo un poco de ruido al equipo de investigación. Una respuesta que nos informaba, en primer lugar, sobre la regularidad de la práctica. Si la respuesta se repetía, era porque se medían con la misma práctica una y otra vez. Casi todos los jóvenes manifestaron que fueron detenidos, ellos y sus amigos, en más de una oportunidad. Una práctica que, según nos decía, podía tener lugar cualquier día de la

semana a partir de la tardecita. Sobre todo los fines de semana, cuando salían a bailar o se juntaban en la plaza con sus amigos a jugar al fútbol, conversar y fumarse un porro.

En segundo lugar, la respuesta “no estábamos haciendo nada” es la expresión de la indignación también. Los jóvenes querían manifestarnos la injusticia del operativo, dar cuenta del trato injusto, abusivo, discriminatorio y prejuicioso del que fueron objeto con la parada de la policía.

Y tercero, y tal vez tienen que ver con el ruido que nos hacía: nos estaban diciendo que estaban dispuestos a avalar el procedimiento en otras situaciones, como por ejemplo, si estaban haciendo o habían hecho algún “bardo” o “bondi”. En esos casos se autopercibían como merecedores de la atención policial. Pero en ese momento, en los casos que nos estaban contando, ello no estaban “batiendo ninguna”, “armando quilombo”, “gritando”, no estaban, precisamente, *haciendo nada*.

Los jóvenes repetían la frase sin darse cuenta que eso era precisamente el problema: la *nada* misma. Todo aquello que no se ajustaba a las expectativas de los policías o los vecinos mayores donde fueron socializados, tiende a ser identificado como “nada”, impugnado como una conducta incivilizada. “Hacer nada” es no estar trabajando o no salir a buscar trabajo; no estar en la escuela o no estar estudiando en esos momentos; no estar en su casa o estar deambulando fuera del barrio, un barrio alejado del trabajo o la escuela. “Nada”, entonces, es hacer *junta* en la esquina o *merodear* por la ciudad hasta altas horas de la noche, *boludear*. Con todo lo que eso implica: hacer ruido, gritar y jugar, usar drogas o alcohol, titear o ventajear a los vecinos, etc. Una “nada” que se averigua en la ropa deportiva que llevan puesta, una vestimenta que no sirve para otra cosa más que para llamar la atención y poner alerta a los vecinos y activar la sospecha policial. (Tonkonoff, 2007) ¿Qué hace un joven de 15 años, un día cualquiera de la semana, en horario escolar, caminando por el centro de la ciudad, mirando vidrieras o tirado en el pasto de una plaza? ¿Qué hacen esos grupos de jóvenes todas las tardes, que se la pasan hasta altas horas de la noche reunidos en una esquina? ¿Acaso no trabajan al día siguiente, no van a la escuela? La respuesta es siempre la misma: “no hacen nada”, son “vagos”. A través de la “nada” no solo se invisibiliza el mundo de los jóvenes sino que se impugnan sus estilos de vida y pautas de consumo, se desautoriza las prácticas colectivas a través de las cuales tejen lazos sociales y componen su identidad.

“Vago” es el mote que utilizan, entonces, tanto los policías como estos vecinos, para nombrar a los jóvenes que se la pasan haciendo “nada”. “Vago” es la etiqueta que dedican a aquellos jóvenes cuyo deporte favorito -eso creen- es “hacer nada”. “Son vagos, no hacen nada”, “se la pasan boludeando”... repiten los vecinos.

Para Paul Corrigan, en su artículo “Haciendo nada” (2010), uno de los obstáculos con los que se miden los jóvenes es el aburrimiento, es decir, el ocio forzado, la *nada* misma. (Tonkonoff, 2007) Para matar el tiempo y activar la grupalidad, ensayan distintas experiencias colectivas que serán también identificadas como “nada” por gran parte de la comunidad. Si están en la esquina, *hacen nada*. Si salen a pasear por la ciudad, *hacen nada*. Todo aquello que se corre de las expectativas que tienen los adultos (de los modos *normales* de estar, sentir y hablar), será referenciado como “nada” y, por tanto, percibido como fuente de riesgo e inseguridad.

Ese clisé está hecho de incompreensión pero es la expresión de la falta de mediaciones entre las distintas generaciones. En contextos de fragmentación social, de debilitamiento de los lazos sociales, han ido desapareciendo los espacios de encuentro comunes, que reunían a los adultos con los jóvenes. Cuando eso sucede, la falta de mediaciones se *rellena* con estas frases. La “nada” ocupa su lugar. Por eso, referenciar a los jóvenes como “vagos” es una manera de ponerse en guardia frente a ellos, de mantenerse alerta ante aquellos actores que tienen otras maneras de ser.

Paradójicamente ese mismo clisé es el que utilizan los jóvenes para tratar de sortear la detención policial. Con su uso, no solo se apresuran a declarar su inocencia, sino a ganarse la piedad policial. Saben que cargan con la culpa que les fue atribuida de antemano, que se presumen sospechosos, por eso se apuran a demostrar su inocencia, ponen cara de sorpresa, repiten la frase como un mantra. Por el otro, aprendieron que en determinado momentos conviene rebajarse para certificar la autoridad policial y poder sortear rápidamente ese momento. Porque los jóvenes saben que la relación con la policía es una relación desigual, y que esas relaciones tienen lugar, precisamente, para dar cuenta de la asimetría. Los policías creen que con la internalización de la desigualdad el orden público saldrá fortalecido. Y no sólo eso: los policías saben –según los pibes- que cuando los jóvenes certifican su autoridad, se sentirán que existen, “se sienten importantes”, incluso imprescindibles en la sociedad, al menos para el establecimiento del orden público en ese momento y en ese lugar.

6.

Sabemos que cuando la policía *interpela* a un joven, lo está *cosificando*, es decir, transformando al *sujeto* en un *objeto*. Un *objeto* que, como todos los objetos, no tiene vida propia, pierde libertad, se transforma en *nada* o en todo caso lo que éste pueda dependerá de cada *uno*. El *otro* no es *uno*. No sólo porque se le niega la palabra, y con ello el derecho a preguntar y contradecir a la policía, no sólo porque no puede protestar, sino porque tampoco podrá mirar a la cara del funcionario policial, porque debe sacarse la gorrita y agachar la cabeza, debe poner las manos contra la pared o tirarse al piso sin chistar, y empezar a sacar sus pertenencias de los bolsillos y la mochila; es decir, ser objeto de una requisita que lo humilla y despoja de su dignidad. El joven *objetivado* debe limitarse a guardar silencio y responder las preguntas que la policía le formule. Salirse de ese libreto implica correr una serie de riesgos que flotan en el ambiente. Cuando los jóvenes se ganan la atención de la policía y se ubican en su mira, los jóvenes no solo sienten cuestionada su identidad, sino su libertad ambulatoria; se vuelve *nada*.

A través de estos ejercicios que llamaremos aquí prácticas de *nadificación* se niega las identidades juveniles, se impugnan los estilos de vidas que desarrollan los distintos grupos de pares para componer una pertenencia más allá de las expectativas sociales. Las identidades alternativas, que se corren de las pautas normales o el sentido común, deben ser objeto de la *nada* policial y la *nada* vecinal. Acá, la *nada*, es el efecto del trabajo corrosivo que ejerce la policía sobre las identidades juveniles para que dejen la *nada* y empiecen a *ser*, dejen la *otredad* y se adhieran al *uno* mismo. Por eso, cuando los jóvenes dicen que no estaban haciendo “nada” quieren rellenar la *nada* con el mundo de la *gente como uno*, hacerle un guiño al policía, sacárselos de encima. Una vieja táctica juvenil, también reconocida por los policías. Se trata de una suerte de concesión que luego deberán disimular frente al grupo de pares, pero ahora, ante nosotros, que volvemos a preguntar como la policía (i), delante de sus maestros, se apresuran a declarar otra vez su inocencia: “no estaba haciendo *nada*”. No vaya a ser que le reprochemos otra vez su deriva juvenil.

El problema para la policía es el devenir *nómade* pero también su *sedentarismo*. En otras palabras: el problema no solo está dado por el “merodeo” en la ciudad, sino por las “juntas” en las esquinas del barrio. *Nadificar* implica estabilizar sus movimientos, y

filtrar luego la potencia reunida, que está-ahí. Imprimirle una *unidad* a la *multiplicidad*, una forma a aquello que se presenta como informe, porque en última instancia, la identidad juvenil, es una tarea imposible. Los jóvenes no paran de correrse de lugar en busca de nuevas aventuras, no paran de cambiarse las remeras, de inventarse nuevas máscaras. Los controles de identidad perfilan una policía negacionista: *negadora*, *nadificadora* de la identidad que afirman los jóvenes para asociar a los individuos a otros *modos de ser* y, de paso, imponer una identidad devaluada, que corrobore su ciudadanía de segunda.

La pregunta que nos hacemos ahora y dejamos planteada para futuros trabajos es la siguiente: ¿cómo la *nada* se vuelve *ser*, adquiere una identidad propia? ¿De qué manera el *objeto* recobrará al *sujeto*, a través de qué prácticas el *sujeto objetivado* gana otra vez su *libertad*? Esto no es un juego de palabras y tampoco un trabalenguas sartreano. No es una pregunta para la filosofía, sino para la dirigencia política. La filosofía ha ensayado distintas respuestas desde hace más de un siglo. Pero el funcionariado de turno continúa fallando, errando el camino. Mientras tanto, los jóvenes buscarán, en el mejor de los casos, estirar ese momento que se abrió con la nada, pararse de palabra y recobrar de esa manera el sujeto cosificado con el hostigamiento policial. No es una tarea sencilla, saben que una palabra de más bastará para alcanzar el otro umbral de violencia.

Bibliografía citada

Corrigan, Paul. (2010). “Haciendo nada”. En: Stuart Hall y Tony Jefferson, *Resistiendo a través de los rituales*. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP y Observatorio de Jóvenes.

Fassin, Didier. (2016). *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Garriga Zucal, José. (2012). “Un té para Pirelli. Los sentidos de la violencia para la policía de la provincia de Buenos Aires.” En: Revista Question, Vol.1, N°33. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.

Garriga Zucal, José. (2015). *El inadmisibile encanto de la violencia. Policías y barras en una comparación antropológica*. Buenos Aires: Cazador de tormentas.

Jobard; Fabien. (2011). *Abusos policiales. La fuerza pública y sus usos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Montero, Augusto. (2016). “¿Con las manos atadas? Indagaciones sobre motivos y audiencias para las violencias policiales contra menores en la ciudad de Santa Fe.” En: *Revista Delito y Sociedad*, N°36. Santa Fe: Universidad nacional del Litoral, 2° semestre.

Rodríguez Alzueta, Esteban (editor). (2016). *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. La Plata: Malisia.

Tonkonoff, Sergio. (2007). “Tres movimientos para explicar los pibes chorros visten ropa deportiva”. En: *Sociología ahora*. Buenos Aires: Siglo XXI.